

Un gato en el desván

Antonio Gómez Rufo

Kim, el viejo del bar de la playa de Porto Bahía, estaba muerto.

Apenas hacía unas horas que Leandro Fernández Aguilar había llegado a aquel extraño país que no conocía con la única finalidad de no continuar ni un instante más en el suyo, roto por unos sentimientos vacíos, hastiado de la rutina del poder y del éxito, cansado de una vida apagada, confusa e inútil y harto de la opacidad del resplandor aparente, del escaparate de su vida, del tedio. Era una huida, pero sin saber que cuando un hombre huye indefectiblemente se lleva con él todo aquello de lo que desea huir.

Ahora era tan solo una silueta recortada por la refulgencia de los azules en la inmensidad sonora de una playa en la que no había estado nunca ni de la que sabía siquiera su nombre. Pero cuando se vio allí, desnudo de responsabilidades en medio de un mundo que le ignoraba, cómodo en su soledad, fue cuando de pronto comprendió que la vida le dejaba dos opciones, volver a casa o continuar huyendo, y que tendría que pensar lo antes posible la decisión. Acababa de llegar, apenas se había sentado a mirar los abismos abiertos a su alrededor y aún no se había planteado la manera de resolver sus dudas, pero el tiempo, incluso en la soledad de la libertad, tampoco era eterno. Desplomado en la inmensa playa, con los ojos entornados, podía pensar, tenía que pensar un ejercicio que no había podido poner en práctica desde hacía demasiado tiempo.

Llegar a ese punto de la arena, estar finalmente allí como una difusa silueta recortada por el doloroso resplandor de los azules, despreocupado y ocioso, lo había conseguido después de realizar un esfuerzo sobrehumano en el penoso camino entre la descuidada carreta local que bordeaba la playa y la silla de aluminio y nylon en la que ahora se había derrumbado. El tortuoso trayecto lo había superado a pesar de cargar torpe y fatigosamente todos los utensilios propios de un nuevo rico desacostumbrado a tener que hacer por sí mismo las más elementales labores. Fue cuando pensó que era verdad aquello que había oído de que el poder castra, que convierte a los hombres en inútiles, y lo peor de todo era que, en aquel ridículo trasiego, quería creer que en realidad lo estaba haciendo muy bien. Leandro estaba especialmente lúcido aquella mañana; si no, no hubiese esbozado una leve sonrisa mientras concluía que tal vez por estas pequeñas cosas la naturaleza se había ganado su merecida fama de sabia, por haber dotado a los seres humanos de unos ojos estratégicamente situados para que, sin ayuda del espejo, uno nunca pudiese mirarse a sí mismo.